

Combinan, fraguan y aplican
Para un fin desconocido,
En un alma de gran temple,
En un pecho de alto brio,
No mudan cuando se muda
De atmósfera y domicilio;
Porque no cambian del cielo
Los misteriosos designios.

Halló el Marqués en Italia
(Porque al cabo el cielo quiso
Que algun consuelo encontrase,
Que tuviese algun alivio),
A su tierno confidente,
A Garcilaso su amigo,
Que guerrero tan insigne
Como trovador divino,
Siguió de Italia la empresa
Por el César Carlos quinto,
Con el canto de las Musas
Uniendo de Marte el grito.

El Marqués, cual siempre mustio,
Y cual siempre discursivo,
De aquella guerra los lances
Siguió con denuedo y brio.

Y ante la imperial presencia,
Con Garcilaso su amigo,
Lidió como caballero
En los combates y sitios.

Le encantaron las campiñas
Y los Alpes y Apeninos,
Y visitó cual curioso,
Y admiró como entendido

Los insignes monumentos,
Ya modernos y ya antiguos,
Que hacen el suelo de Italia
En altos recuerdos rico.

Como devoto cristiano
Oró postrado y sumiso,
En las ermitas humildes
Que daban nombre á los riscos;

Y en los magníficos templos
Que ensalzan al cristianismo,
Y son de aquellas ciudades
Ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines
Que riega el Tesin y el Mincio,
Los mismos nombres oyeron
Que el Tajo oyó sorprendido!
¡Cuántas veces las canciones
De Garcilaso, que hoy mismo

Nos admiran y enternecen,
Vencedoras de tres siglos,
Tiernas lágrimas sacaron
De los ojos encendidos
Y del corazon doliente
Del Marqués contemplativo
En las selvas do arrancaron
No ménos hondos suspiros,
De otros destrozados pechos
Los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces, ay, seguían
Del Marqués los ojos fijos,
De la plateada luna
El lento y mudo camino;
Y al verla hácia el occidente
Rodar con pausado giro,
Algun encargo le daba
Para el Tajo cristalino;

Con sus miradas queriendo
Como estampar en el disco
Caractéres, que otros ojos
Por un prodigioso instinto
Leyeran, cuando argentada
Derramara el claro brillo
Sobre el régio balconaje
De algun alcázar dormido!

De la expedicion de Francia
Tornaba, pues, el servicio
Del Emperador siguiendo,
Con Garcilaso el divino,
Cuando no léjos de Niza,
Antigua torre ó castillo,
A los pendones del César
Osó estorbar el camino.

Tal empresa de dementes,
Por temeraria, el prestigio
Perdió de valiente, siendo
Sólo acreedora al castigo,
Y á dárselo Garcilaso,
Desnudo el acero limpio,
Y embrazada la rodela,
Voló en enojo encendido.

Desesperados resisten
Los tenaces enemigos,
Y darles súbito asalto
Determinase al proviso.
Se aplica la escala al muro,
Y sube por ella altivo

El valeroso poeta
Que el miedo jamás ha visto;
Cuando de los matacanes
Desplómase con ruido
Grave piedra, que arrollando
La escala, frágil camino

Por do á la gloria subian
Tanto ingenio y tanto brio,
Hirió la noble cabeza
Do el lauro á la yedra unido
Hubiera evitado el rayo,
Y no pudo, ¡infausto sino!
De un toscoso peñasco entónces
Evitar el rudo tiro.

Cayó el noble Garcilaso
En el foso; horrendo grito
De desconsuelo y venganza
Atronó el fatal recinto;
Y el de Lombay presuroso
Al socorro de su amigo
Voló, y en sus tiernos brazos
Retirólo con peligro.

Una hora despues escombros
Era el funesto castillo,
Y de la alevosa sangre
Era su ancho foso un rio,
Pues completa la venganza
De Garcilaso hacer quiso,
En dolor y saña ardiendo,
El Emperador invicto.

Mas, ¡ay! fué venganza estéril
Cual siempre todas han sido,
Pues en Niza á pocos dias
Era el poeta divino

Cadáver yerto, dejando
La fama de sus escritos
Y la gloria de su muerte
Por rica herencia á los siglos.
Golpe atroz, golpe tremendo
Fué para el Marqués su amigo,
Pérdida tan impensada,
Tormento tan imprevisto,
Y del dolor más profundo
Mil pensamientos distintos
Y mil funestos presagios
Le hundieron en tal abismo
Que si el brazo del Eterno,
Que aún para mayor conflicto
Le reservaba, no hubiera
Dádole piadoso auxilio;
Acaso una misma losa,
Acaso un túmulo mismo
Encubrieran y tragan
Los restos de ambos amigos.

A poco con luto amargo
En el alma y el vestido
Tornó, ¡infelice! á Toledo
Con el César Carlos quinto,
El marqués; sin confidente
En quien encontrar alivio,
Ahogando en tormento mudo
De su alma rota los gritos.

ROMANCE TERCERO

UN SOL APAGADO



Era la estacion florida
De la hermosa primavera,
Tan hermosa en las regiones
Que el Tajo aurífero riega;

Y un sol jóven, rutilante,
Rodando por la alta esfera
De puro záfir, torrentes
De luz vivífica y nueva
Derramaba por Castilla,
Y sobre las gigantescas
Torres de la gran Toledo,
De España corte y diadema.
De Toledo, que con justas,
Banquetes, danzas y fiestas,
De su Monarca triunfante
Solemnizaba la vuelta.
Córrense cañas y toros,
Donde luce su destreza,
Gran jinete en ambas sillas,
El sacro y augusto César.
En los soberbios palacios
Músicas acordes suenan,
A cuyo compás gallardas
Lucen las damas sus prendas.
Joyas, insignias, brocados
Los ricos salones llenan;

Y plazas, calles, paseos,
Corceles, galas, libreas.

Opulentos cortesanos
En los festejos se esmeran,
Y disponen un torneo
Donde ostentar sus grandezas.

En él armado aparece,
Deslumbrando la palestra,
El de Lombay, revolviendo
Una berberisca yegua:

Y con la pica en el ristre,
Haciendo tan altas pruebas,
Que de palmadas y vivas
El vulgo la plaza atruena.

Sobre las lucientes armas
Una banda lisa y negra,
Y negros los martinetes
Del erguido casco lleva.

Unos dicen son el luto
Con que á su amigo recuerda,
Otros de su pensamiento
Melancólico el emblema,

Y que funesto presagio
De una desgracia tremenda,
Que le amenaza inminente,
Sólo juzgarse debiera.

El ancho campo preside
La Emperatriz, como reina
De la hispana monarquía
Y de la humana belleza,

Y de cuantos corazones
Laten en la plaza extensa,
Y en toda la fiel España
Lealtad y honradez alientan.

Un gran festin en palacio,
Cuando el sol á las estrellas
Cedió de los altos cielos
Las despejadas esferas,

Celebróse; y luégo danza,
En que al són de las orquestas,
Las majestades augustas
Tomar parte no desdeñan.

Y para la luz siguiente
Funciones se anuncian nuevas,
Sin que ni el sueño intervalo
Permita entre fiesta y fiesta.

¡Oh Dios, y cuán fácilmente
En la miserable tierra,
Tras de las más dulces horas
Horas de amargura vuelan!

¡Cuán fácilmente las dichas
En infortunios se truecan,

Cámbiase la gala en luto,
Se torna el gozo en tristeza!

Sale el sol, inmenso pueblo
Las calles y plazas llena,
Ansiando nuevos placeres,
Y que aún no madruga piensa;

Alistan los cortesanos
Sus comparsas y libreas,
Joyas, armas, vestes, plumas,
Corceles, lanzas, empresas;

Cuando demudado el rostro,
De la alcoba de la Reina
Sale trémula, llorosa,
Una camarista ó dueña.

Y á los jefes de palacio,
Grandes y damas de cuenta,
Que á su majestad aguardan
Para ir á misa con ella,

Dice, inflexiones buscando
Que desfiguren la nueva:
*La Emperatriz hoy no sale,
La Emperatriz está enferma.*

Pasma la noticia á todos,
Embarga á todos la lengua,
Y en un silencio profundo
La estancia aterrada queda.

El de Lombay, el primero,
De los piés á la cabeza
Temblando, y pálido el rostro,
Pregunta con gran sorpresa:

¿Y su majestad, qué siente?
Y le responde la dueña:
*Aguda fiebre la abrasa,
Grave postracion la aqueja.*

*Que el doctor Juan Villalobos
Sin perder instantes venga,
Pues hay peligro inminente
Si no me engañan las señas.*

Dió el Marqués atrás dos pasos,
Y en un sillón de baqueta
Se desplomó, como herido
Por envenenada flecha.

La noticia que en voz baja
Anunció la camarera,
Creció al punto, y como trueno
Que al orbe asombra y aterra,

Ya por Toledo retumba,
Helando á todas las venas,
Partiendo los corazones,
Trastornando las cabezas.

Desaparecen las galas,
Recógense las libreas,
Murmullo de horror circula,
Clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas
Que los festejos celebran,
Se oyen sólo las campanas
Que al cielo piedad impetran.

A las puertas de palacio
En su parda mula llega,
El doctor Juan Villalobos,
El portentoso de la ciencia.

Presuroso, fatigado,
Sube sin hablar, penetra,
Del Emperador seguido,
En la alcoba de la reina.

Con los penetrantes ojos
Que clava en la augusta enferma,
Su quebrada vista advierte,
Su pálida faz observa.

La pulsa atento, examina
La respiracion molesta,
Dice un oscuro aforismo
Arrugando frente y cejas,

Y con la faz angustiada,
Y con azogada diestra,
Después que un rato medita,
Docto escribe una receta.

La Emperatriz de Alemania,
De España la augusta Reina,
Hermosa entre las hermosas,
Discreta entre las discretas,

La gentil, fresca, radiante
Y embalsamada azucena
Que dió á Toledo Lisboa,
De paz y dominio prenda,

En vez del trono del mundo,
Do el mundo la reverencia,
Yace en el doliente lecho;
De nuestra humana flaqueza

Agotando las angustias,
Apurando las miserias,
Deslustrada la hermosura,
Trastornada la cabeza,

Flor lozana que al impulso
Del cierzo se troncha y seca,
Astro á quien apaga y hunde
Del Criador la omnipotencia.

Un sol y otro sol de oriente
Los umbrales atraviesan,
Y sumergida á Toledo
En consternacion encuentran.

Ya ven por calles y plazas
Cruzar procesiones lentas,
Fervorosas rogativas
Y públicas penitencias.

Y oyen llanto en el alcázar,
Y oyen llanto en las iglesias,
Y llanto hay en los palacios,
Y llanto en las chozas suena;

Que era universal la angustia
Por tan adorada Reina,
Y con lágrimas su nombre
Se oye repetir doquiera.

El de Lombay, convertido
En muda y helada piedra,
Ni un solo momento falta
De la antecámara régia.

Ni hambre ni sueño conoce
Que apartarle un punto puedan
Del cerco de una ventana,
Fijos los ojos en tierra.

Cuando el docto Villalobos
Con otros físicos entra
En la silenciosa alcoba,
Le acompaña hasta la puerta,

Y con inquietud extraña
Su salida ansioso espera,
Y algo preguntarle quiere
De que teme la respuesta.

Y al verle salir se turba,
Con las palabras no acierta,
Y en él clava ardientes ojos,
Cual si penetrar pudiera

Su pensamiento escondido,
Los arcanos de la ciencia.
Y calla, y lágrimas pocas
Su mustio semblante queman.

¡Desdichado! ¡Harto le dice
Su corazón!... Sólo queda
En él alguna esperanza
En las bondades eternas.

Cabildo, comunidades,
Parroquias, todos se esmeran
En solemnes rogativas,
Votos, plegarias y ofrendas.

Grandes, nobles y plebeyos
Los templos llorosos llenan,
Y á voces al cielo piden
La salud para su Reina.

Todo en vano; fué de bronce
A los clamores y quejas,
Pues sus ocultos designios
Jamás el mortal penetra.

El doctor en tanto apuro
Los sacramentos ordena,
Pues ya remedios no sabe
Para tan grave dolencia.

Y con pompa augusta y santa,
Pero que los pechos quiebra

Del aterrado gentío
Que la gran Toledo puebla,
Consternado el Arzobispo,
Con devota pompa lleva
Al régio doliente alcázar
El pan de la vida eterna.

Tal consuelo sintió el alma,
De piedad insigne llena,
Que aún pudo dar fuerza al cuerpo
De la agonizante enferma.
Dió márgen falaz alivio
A esperanzas pasajeras;
Mas el doctor aterrado
Término fatal recela.

A los dos días tal fiebre,
Tales síntomas se muestran,
Que de repente el palacio
De gran confusión se llena.

Acude Juan Villalobos,
En llanto prorumpe el César,
Y desatentadas corren
Las camaristas y dueñas.

Lombay en su puesto, inmoble,
Sin mover los labios reza,
Cuando de la régia estancia
Abren las doradas puertas.

Era el doctor Villalobos,
A quien con temor se acerca,
Preguntándole angustiado
Si alguna esperanza queda.

Y el doctor mudo no hallando
Cómo darle la respuesta,
Alza los ojos al cielo
Y entrambas palmas eleva.

Lo ve Lombay, se estremece,
Y cobrando extraña fuerza,
Movimiento convulsivo
Y una actividad horrenda,

De la cámara corriendo
Parte, la guardia atraviesa,
Sale á la plaza, el gentío
Clamoroso que la llena,

Del palacio en los balcones
La vista y las almas puestas,
Penetrando, sin que nadie
En tan gran señor advierta.

Y por calles solitarias
Sin objeto vaga y vuela,
El ferreruero arrastrando,
Destocada la cabeza.

Alza los ojos al cielo,
Y el cielo de primavera
Azul, despejado, puro,
Que espléndidos hermosean

Celajes de oro y de grana,
Do el sol poniente refleja,
Una bóveda de plomo
Que sobre su frente pesa,
Que lo ahoga y lo confunde,
Sin aire y sin luz en tierra
Se le figura, y le faltan
Para echar el paso fuerzas.

Sigue, párase, vacila,
Suda, se abrasa, se hiela,
Gíranle en torno las casas,
Que se le hunde el suelo piensa,
Y le zumban los oídos...

Una bomba es su cabeza
Pronta á estallar... cuando mira
De la catedral la puerta.

Ansioso buscando asilo
Por sus umbrales penetra,
Al tiempo que en occidente
Daba el sol su luz postrera.

El de Lombay en el templo
Oscuro y frio, tropieza
Con varios informes bultos,
Fieles devotos que rezan,

Y cuyos vagos contornos
Ver la oscuridad no deja;
Y al presbiterio le guía
Fulgor de mustias candelas,

Así como por el bosque,
Perdido en la noche ciega,
Tropezando, el peregrino
Va hácia la lejana hoguera.

Del altar santo delante
Se arroja en las losas tersas
Del pavimento, formando
Tras sí larga sombra en ellas.

Los brazos en cruz, clavados
Los ojos (en que reflejan
Del retablo los esmaltes,
Las lámparas y las velas),

Del Redentor en la imágen,
No con los labios y lengua,
Que estaban entumecidos,
Sino con la voz interna

Del corazon y del alma,
Que es la que hasta el cielo llega,
Esta peticion expone
Y en estos términos ruega:

«¡Misericordia, Dios mio,
Piedad para con mi Reina,
No dejéis huérfana á España
Y al mundo hundido en tinieblas.

»Si una víctima es precisa
De vuestra alta Omnipotencia

A miras inescrutables,
Que yo la víctima sea.
»Caiga yo, caigan mis hijos,
Mi estirpe toda perezca,
Y sálvese...» ¡Tomb!!! Retumba
En el mismo instante, y llena,
Estremeciendo las cimbras,
Los ámbitos de la iglesia

La gran campana, de muerte
Dando al mundo infausta nueva.
¡Són espantoso!... Lo escucha
Como el NO con que respuesta
Da á su plegaria el Eterno,
El Marqués, y cae á tierra.



ROMANCE CUARTO

VIAJE FUNEBRE

Con blancas sobrepellices
Y con hachas encendidas,
Cantando fúnebres rezos
En voz confusa y sumisa,
Sobre mulas enlutadas,
Formando dos largas filas,
Cien devotos capellanes
A lento paso caminan.

Siguen treinta caballeros
Que negros caballos guían,
Del pié á la cabeza armados
Y las viseras caídas.

Negros son los pendoncillos
De las inclinadas picas,
Y negros los paramentos,
Vestés, bandas y divisas.

Luégo entre veinte alabardas,
En cuyas anchas cuchillas
Las rojas luces reflejan
De noche, y el sol de día;

Cercada de doce pajes
Viene una litera rica,
Que de negro terciopelo
Un régio manto cobija.

TOMO II

Los castillos y leones
Recamados lo salpican,
Entre águilas imperiales
Y entre portuguesas quinas,
Arrastrando por el suelo
Los flecos de sus orillas,
Y gruesos borlones de oro
En sus cuatro puntas brillan.

Dos magníficas coronas,
Imperial y régia unidas,
Un rico cetro y un mundo
Lleva la litera encima.

Detrás tan pegado á ella,
Que al notarlo se diría,
Que alguna mano de adentro
Del freno acerado tira,

Marcha un corcel generoso,
Sobre el que mudo camina
El que la fúnebre marcha
Dirige, gobierna y guía.

El gran Marqués de Lombay,
Con faz como de ceniza,
Con los ojos apagados,
Con boca que no respira:

13